

Mariano Picón-Salas

## Hagiografía

**B**EATAS, mendigos y hechiceras. Quiero pintar ahora las figuras simples o grotescas de mi antigua hagiografía infantil: los seres que me hicieron reír o pensar en las historias que se cuentan de los santos, y pasaron delante de mí caracterizados y distintos, como las máscaras en un carnaval.

Pero en esto como luego lo veréis, también hay tragedia. En Rosario, la Iluminada, que presentía las muertes y las desgracias, en el inesperado fin de Vicentico, El Apóstol, y de la Negra Osa.

### ROSARIO, LA ILUMINADA

De Rosario, la Iluminada, oí decir un día al abuelo que nunca había conocido hombre. Esto era en labios de una persona como el abuelo tan apegado a las realidades, la mayor alabanza de la virtud.

Gozaba de mucho crédito y consideración en la casa desde que un día, cuando la revolución del 99, había anunciado la muerte de mi tío Benjamín, en el preciso momento en que éste caía herido de un balazo en el pecho, en la batalla de San Pedro de los Guamos.

La familia se había refugiado entonces en la hacienda del Palotal para poner en guarda sus cosechas y animales de las bandas de forajidos que bajo el nombre simulado de «comisio-

nes» del Gobierno o de la Revolución, recorrían los campos atraillando las reses y caballos que conseguían y saqueando los graneros. Mi abuelo con su pandilla de peones armados de máuseres y machetes defendía su finca, y la gran casa de la hacienda era como un castillo feudal a donde acudían los conuqueros pobres de las inmediaciones a esconder sus pequeñas cosechas de trigo o de maíz. Con la impetuosidad de sus veinticinco años, el tío Benjamín militaba en la revolución, y cada tanto tiempo llegaba hasta la casa un «propio» venido del llano o de la cordillera, después de ocho o diez días de marcha, trayendo la noticia de un nuevo triunfo liberal.

Aquel día se asaba en el patio de la hacienda una ternera: se les convidaba a los peones, se vaciaban unas cuantas damajuanas de aguardiente de caña, y mi abuelo disparaba al aire una docena de veces su seguro winchester.

Esto hacían los hombres: las mujeres entretanto refugiadas en los patios interiores de la casa rezaban una novena, la de San Expedito o Santa Brígida, abogados en las grandes tribulaciones, o preparaban en la gran cocina de campana las salazones de chivo o de cordero para los tiempos de escasez. Cuando llega la estación lluviosa y se interrumpen las comunicaciones y se derrumban los caminos y caen los puentes, y la hacienda parece una isla inaccesible, en medio del río desbordado y azolada por la lluvia y la tempestad.

Para que acompañara a las «niñas» —las niñas eran mis tías— habían llevado de la ciudad a Rosario, la Iluminada. Educada en el Convento de las Clarisas no se había hecho religiosa porque en la época de tomar el velo le asaltaron no sé qué escrúpulos de conciencia, pero aprendió con las monjas todas esas artes sutiles que se aprenden en los viejos conventos, lejos del mundo: los finos bordados de hilo y de seda que llevan los paños de altar, los alfajores y las tortas que le gustan al señor Obispo, el rosario de quince casas y la radiante oración del Magnificat: «Magnifica mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su sierva.»

En la hacienda cumplía su apostolado sencillo quemando palma bendita y rezando el trisagio en las noches de tempestad, repartiendo la comida de los peones, llevando la divina palabra a las almas toscas y oscuras de los campesinos. Averiguaba quienes entre los colonos vivían en concubinato y se ofrecía para coser las camisas del hombre y los vestidos de la mujer, si éstos se casaban. Era amiga del párroco de la aldea más próxima: lo había ganado para su causa con varias fuentes de «suspiros», y conseguía con él que eximiera a los contrayentes del pago de los derechos nupciales. Los Domingos reunía en uno de los patios de la casa a toda la chiquillería zaparrastrosa de la hacienda: les enseñaba el catecismo en el librito del Padre Ripalda, y era curioso oír a los muchachos que le respondían al pie de la letra y como si hablaran con el sacerdote imaginario del Catecismo:

—Decidme, niños, ¿sois cristianos?

—Sí, padre, por la gracia de Dios.

—¿Qué cosa es envidia?

—Es, padre, la tristeza del bien ajeno.

El buen abuelo volteriano la dejaba hacer: apenas alguna vez le dirigía una broma gruesa que ella esquivaba sonriendo; para el abuelo, que en su lucha con los hombres y la naturaleza poseía el secreto del mundo, Rosario era tan buena que nunca había conocido hombre.

Y en esa cruda definición había más justicia, más alabanza, mayor experiencia de la vida que en otros abstractos términos de hipócrita virtud.

• • •

Esto lo oí contar en mi infancia.

Ocurrió que mientras ella rezaba en su habitación, llena de imágenes, por los que estaban en la guerra y por el tío Benjamín, la esperanza de la casa, oyó una voz quebrada y dolorida: la voz del tío Benjamín que pedía agua como devorado por una sed ardiente.

Y no supo si soñó, o su imaginación anduvo por entre un campo de cadáveres, y allí le vió tendido en tierra, manando sangre por una gran herida abierta en el pecho.

Dudó en comunicar la visión, cuyo secreto sofocaba su alma sencilla, y lo dijo al abuelo que se burlaba de los presentimientos: para el abuelo, lío Benjamín era de hierro y nada podían contra él los pícaros godos; pero días después un mensajero venido del propio campo de San Pedro de los Guamos trajo una carta enlutada: el abuelo no disparó su winchester como lo hacía cuando le anunciaban un triunfo de su causa, sino ordenó ensillar los caballos que había en la pesebrera, llamó a su mujer y sus hijas y sin decirles nada, las obligó a subir a las cabalgaduras.

Al abuelo no se le preguntaba ni se le discutía.

Ya en la ciudad, y como si hubiera ocurrido hacia mucho tiempo, les dió la noticia.

—No griten, mujeres, que para algo debe servirles la religión. En cuanto a mí he dejado la hacienda abandonada a merced de los que quieran robarla, porque desde que falta él nada me interesa.

• • •

Desde entonces Rosario, la Iluminada, gozó de mucha consideración en la casa. Ya el abuelo ensombrecido y hecho más silencioso, no la importunó con sus gruesas bromas.

Devota de San Pascual Bailón, al favor de San Pascual ella atribuía sus presentimientos misteriosos de las muertes y las desgracias que iban a ocurrir en la familia.

Cuando alguien iba a morir, San Pascual tocaba tres veces en su habitación, en la noche, tres toques inconfundibles. Y le venía entonces el recuerdo de alguno que estaba próximo o lejano: se presentaba a la casa a averiguar por la salud de un pariente olvidado, de quien hacía mucho tiempo no se tenían noticias. Alguna vez coincidió su visita con el recibo de una carta o un telegrama que no se esperaban.

En cierta ocasión le preguntó el abuelo:

—¿Y ese santo desocupado, todavía no le pronostica mi muerte?

—Aún nada me ha dicho San Pascual, don Pedro, pero su cuenta es larga y sería bueno que ya se confesara.

Y el abuelo a quien las desgracias hicieron dócil, que no creía en nada, pero que contra nada se atrevía ya a luchar, mandó llamar a un viejo cura amigo y liberal. Bebieron juntos en el escritorio del abuelo varias copas de vino: recordaron su causa política entonces vencida y sin esperanza; hablaron del tiempo pasado y de la muerte que se acerca y se despidieron después de dos horas con el abrazo cordial de dos camaradas.

La abuela y las tías cargaron al haber de santidad de Rosario, la confesión del abuelo.

San Pascual—fiel amigo—no podía menos que anunciar a Rosario, la Iluminada, su propia muerte. Una tarde llegó a despedirse de la abuela y las tías y a darles las gracias, sonriendo, por toda la caridad que le hicieron. Se le invitó a merendar y contó que San Pascual tocaba ahora a su puerta todas las noches. Pero ella estaba tranquila: había hecho confesión general y no se desprendía del cordón del Carmen.

Cuando se despidió le dijo a la abuela:

—Hasta la otra vida, doña Lucía.

La abuela le respondió que volviera a merendar muy pronto.

Pero una semana después entre los estandartes de tres cofradías—el blanco de San Pascual, el rojo de San Miguel Arcángel, el violeta de la Cofradía del Carmen—llevaron al Cementerio a Rosario, la Iluminada.

El abuelo repitió por una vez más su clásico y castizo elogio:—Era tan buena que no había conocido hombre.

#### VICENTICO

Vicentico era el undécimo entre los apóstoles a quienes el señor Obispo lavaba los pies en la ceremonia del Jueves Santo. Otros príncipes de la Iglesia para celebrar este acto evangélico

del lavatorio, elegían doce niños de la buena y rica sociedad que llegaban muy limpios y paquetes y perfumados por sus máms y cuyos rosados piecitos no desmerecían en la gran jofaina de oro, pero este señor Obispo tenía de su misión un concepto más rígido: pensaba que Cristo no buscó sus doce discípulos entre los niños de la aristocracia sino entre hombres humildes y maduros, ya heridos por el dolor de vivir, cuya única riqueza era la de sus vestidos rasgados y la del cielo azul de Judea. Y a pesar de las protestas del Deán y Cabildo que argumentaban que no había tradición para el lavatorio de un Jueves Santo, este Obispo sencillo entró a la Catedral conduciendo sus doce apóstoles: doce pordioseros, doce pobres hombres ridículos conocidos en la ciudad por las máscaras de sus caras, sus defectos físicos, los cómicos apodos con que los designaban los muchachos. Para que se presentaran dignamente a la ceremonia el señor Obispo les había costado el valor de un baño caliente, un traje pobre pero limpio, y las más vistosas alpargatas que usaran jamás. El cristiano simbolismo del señor Obispo comparaba estas alpargatas con las evangélicas sandalias de Pedro y de Andrés.

Desde entonces «los apóstoles» formaron una verdadera institución en la ciudad. Estos hombres desamparados que iban de casa en casa pidiendo la limosna, descubrieron un motivo noble para vivir: ya les había besado sus pies el señor Obispo y cada uno de ellos representaba a uno de los discípulos de Cristo. Como en toda congregación humana predominan los más fuertes, el Decanato de la sociedad y el imperioso papel de San Pedro lo había tomado para sí un mendigo apodado «El Tigre», por su cara manchada como la piel de un felino y porque defendía sus prerrogativas con un nudoso bastón.

Pero ya cuando los muchachos en calles y plazas le gritaban: ¡El Tigre!, como poseído de su papel superior no hacía caso: sonreía desdeñosamente y miraba de alto a bajo como si hablaran de otra persona. Ahora se llamaba San Pedro.

\* \* \*

Vicentico, pequeño como un enano, con unos ojos diminutos, movibles y risueños de ardilla, un bigote que parecía pegado con goma sobre la boca para hacer reír, representaba a uno de esos apóstoles mansos, todo humildad y espontánea ternura, como San Juan. Él no discutía prerrogativas y estaba satisfecho con su undécimo lugar que graciosamente le había acordado el señor Obispo. Obedecía a San Pedro en cuanto las órdenes de San Pedro no eran arbitrarias porque éste se embriagaba algunas veces y quería atropellar la congregación. Pero Vicentico apenas tenía ánimos para protestar: sólo en casa de algunas de las señoras a donde iba a pedir limosna solía explayarse y contar los desmanes de San Pedro, que, ¡horror de horrores!, con el dinero y la comida que le daban en las casas cristianas, mantenía una concubina. La coja Inés, una mendiga alta y flaca que engañaba con su cara pálida de anémica, su pañolón verdoso anudado al cuello y su voz lastimera de persona inocente. Mas en un momento de peligro en que fuera preciso tener una discusión con el Decano, hubiera salvado a Vicentico su cuerpo pequeño, su facilidad para escabullirse y su zalamera e irresistible cortesía. A veces los otros mendigos jugaban con él: lo levantaban en peso y lo peloteaban en el aire y él se dejaba hacer muy complacido.

Por lo demás gozaba de un privilegio que envidiaban sus compañeros: mientras éstos vivían en las afueras de la ciudad, en ranchos horribles o entre la algarabía de las casas de vecindad, el señor Obispo había acordado a Vicentico el permiso de vivir en el último piso del campanario, en un cuartucho desde cuyo alto agujero los seres y las cosas se veían pequeñitos. Y Vicentico, provisto de una intuitiva ironía, gustaba de asomarse a su torre algunas tardes, cuando bajo los pórticos de la Catedral los mendigos esperan a los señores Canónigos que salen de los ejercicios del Coro y que siempre les hacen merced...

Así viviendo en el campanario, Vicentico servía de ayudante ad-honorem al campanero: le ayudaba a tocar los dobles y las visperas, y en pascuas y aguinaldos—por dormir poco y tener tan próximas las campanas—despertaba a la ciudad con estre-pitosos repiques en alta madrugada.

Fuera de estos cuidados, su principal preocupación durante todo el año era prepararse decorosamente para aquel gran día del Jueves Santo en que cerca del presbiterio, seguido de tres acólitos que le llevaban una jarra y una jofaina de oro y un paño de fina seda, Su Ilustrísima le lavaba y besaba los pies. ¡Cómo pintar el místico anonadamiento que le producía aquel beso y la suavísima fricción del paño de seda sobre su dura piel y la salida triunfal de los doce apóstoles, de a dos en fila, por la puerta ancha de la Catedral, después de concluida la ceremonial

Su Ilustrísima les invitaba a almorzar aquel día en el Palacio, les servían una mesa que simbolizaba la mesa de la Cena y ellos que individualmente se llamaban «El Tigre», Vicentico, el cabeza chata, aquel día eran San Pedro, San Andrés, San Juan. En la ciudad todos señalaban a los apóstoles. No necesitaban pedir limosna aquel día porque espontáneamente todos les daban.

Favorecido con la ropavejería de las ricas casas, Vicentico guardaba para entonces un chaqué del año 98, una corbata de plastrón de esas que necesitaban todo un juego de cerrajería de resortes y hebillas para colocarse y un chaleco de seda que luciera en un baile un romántico doncel veinte años antes. En su tenida podría emprenderse un estudio comparativo de la historia y la geografía de las modas.

• • •

#### Jueves Santo.

El señor Obispo fué más pródigo que otros años, y les ofreció un nada evangélico almuerzo rociado con abundante vino.

El Prelado miraba comer a sus criaturas que, olvidadas del papel que representaban, la emprendían contra las viandas como si quisieran compensarse de doce meses de hambre.

Quien bebía y comía más era San Pedro, por otro nombre El Tigre, que como Príncipe de los Apóstoles disponía a su leal arbitrio de una jarra de rojo vino.

El Tigre tenía motivos para querellarse con Vicentico porque corrían para él tiempos malos: se había presentado a la festividad más andrajoso que los otros, porque el púdico Vicentico había divulgado en las casas cristianas su concubinato con la Coja, y ahora a donde iba, a más de negarle la limosna, le imponían una lección de moral. Se permitían instruirle a él, el Decano, de los deberes de los apóstoles. Le oponían como ejemplo a ese insignificante Vicentico.

Vicentico entretanto lucía chaqué, chaleco de seda, corbata de plastrón y ¡desafío inaudito! hasta una cadena de níquel atravesada sobre un bolsillo del chaleco.

Ya en la mesa, El Tigre aludió con la autoridad de sus años, de su porte y de su investidura a ciertos hipócritas que hablando bajito van a las casas a malponer a sus compañeros para ganar la limosna que se destina a éstos. ¡Cómo si cada quien no tuviera la responsabilidad de sus propios pecados!

Pero como terminara el almuerzo y se excitaran demasiado, un acólito del Obispo los conminó a irse para que no turbaran la santidad del Palacio.

Salieron a la calle: cada uno de los apóstoles tomó un camino distinto y esta era la oportunidad que acechaba El Tigre para acercarse a Vicentico.

La calle estaba desierta y apenas sobre la acera proyectaba la catedral la sombra de sus puertas entornadas por el duelo de la Iglesia, y se oía a lo lejos el ronco son de una matraca.

Era en ese momento la agonía de Cristo.

Vicentico quiso irse e insinuó como despedida una de esas sonrisas y cortesías con que evadiera el peligro otras veces:

—Hasta luego, hermano, y que le hagan mucha merced.

Pero ya El Tigre estaba alerta con sus ojos rojos de vino y envidia:

—¡Intrigante, chismoso, a ver si ahora me las pagas todas! —y se le abalanzó al cuello inmovilizándolo.

Brillaban ante los ojos de El Tigre como prendas de culpabilidad la gran corbata de plastrón y la cadena de níquel de Vicentico.

¿Qué esperaba de la vida, tan absurda para él, con su cara manchada, su miseria y el amor de La Coja, aquella mujer repugnante?

Entre los pliegues de la camisa llevaba escondida una navaja.

Y sin pensar, rápido, como si la enterrara en su vida absurda, la clavó en el inerme cuerpo de Vicentico.

Vicentico cayó de espaldas hecho una sola pelota sanguinolenta. Su corbata era ahora de púrpura y el viejo chaleco de seda lleno de salpicaduras simulaba un fabuloso chaleco de fantasía.

Desde entonces se disolvió la Congregación de los Apóstoles: en la ceremonia del lavatorio, doce niños de la buena sociedad, limpios y perfumados, representaron a los discípulos de Cristo.

#### LA NEGRA OSA, MUJER DEL INGLÉS

Había caído entre aquellas gentes candorosas de la sierra que no han visto nunca el mar, ni la agitación de los puertos ni la malicia de las grandes ciudades, como una mensajera del misterio sabiendo leer el destino en las cartas de la baraja y conjurar los aijos y sortilegios que hacen las malas personas.

Esto abría para ella las huchas de aquellos montañeses sordidos que le pedían talismanes para que a los niños salieran los dientes con facilidad, o brevajes hechos de yerbas que sólo ella conocía, que había que cortar en el campo bajo la luna menguante para que adquirieran virtud mágica. Médica, bruja, hechicera, todo era en el pueblo la Negra Osa.

La apodaban así por semejarse en su corpulencia, su rostro de mulata, su pelo desgredado y las grandes ajorcas tintineantes que llevaba en los brazos, con la osa negra que Maese Nicola, el italiano, exhibía y hacía danzar en la plaza pública.

Pero tenía su leyenda, cosa que entre aquellos montañeses sin imaginación y sin aventura se aprecia entre todo. Decían que en su juventud, en un puerto de la costa, se había enamorado de ella y la había hecho su amante uno de estos ingleses que en las ciudades tropicales sienten la atracción exótica, tan picante y tan viva como la de las especias de Oriente para los navegantes del siglo XVI, de las mulatas de ojos negros y encendidos cuyos cuerpos fuertes y oscuros, la boca grande y carnosa como la corteza de un higo y el pelo áspero, abundante y lustroso, invita a los hombres rubios como un viaje a un país bárbaro donde imperaran la eterna desnudez y el calor eterno. Pero agotan el clima y el amor de las mulatas a estos hombres flemáticos: nunca pueden civilizarlas porque ellas siempre se escapan como animales monteses; el pobre inglés pagará su curiosidad con una mujer indócil que nunca aprende el confort y el orden de la casa y que en los momentos más serios—aquellos que un inglés no puede considerar sino muy en serio—aparece saltando como una cabra salvaje y riendo, riendo tanto hasta mostrar toda la dentadura. Esas dentaduras blancas, parejas y firmes y maravillosas de las negras.

De la aventura con el inglés, que su fealdad de ahora hacía considerar inverosímil, quedábanle a la Negra Osa algunas de esas sortijas de piedras rojas o azules que aprecian tanto las mulatas y aquella cantinela, aquel título de orgullo que sacaba a relucir en todas las conversaciones:

—Cuando mi esposo, el inglés...

Estas historias y su cabalística sabiduría franqueábanle las puertas de todas las casas del pueblo. Los curas no la miraban bien porque les hacía la competencia propagando otros procedimientos distintos de la devoción y las ofrendas a los santos, para ganarse la voluntad de las fuerzas invisibles. Y las monedas que no caían en la alcancía de la Virgen del Socorro o San Expedito, iban directas a los bolsillos de la Negra Osa.

¡Pero ¡cómo se daban por bien servidas las muchachas del pueblo, las que languidecen de soledad y fastidio en aquellos

sombríos caserones provincianos, cuando ella, sacando del seno la mugrienta baraja española, les valicinaba el destino!

Tomaba en las suyas las manos de la recatada doncella: miraba fijamente con sus grandes ojos de mulata las líneas torcidas y pequeñas que iban de la palma a la muñeca, quedábase absorta como descifrando los jeroglíficos que allí se le ofrecían, y luego con voz melosa, con el tartamudeo de quien recibe el misterio a pequeñas dosis, decía a la cuñada:

—Miro en tu mano, cara bonita, la línea de un próximo sufrimiento amoroso. Pero todo concluirá bien: es caballero rico y formal, montará casa y con el tiempo hasta te llevará a pasear por tierras extranjeras. Acaso sea rubio e inglés como mi difunto.

Otras veces el naípe, la carta que la interesada eligió entre un montón, servía de oráculo, y el as de oro anunciaba las fabulosas herencias de los parientes que viven lejos, las copas alguna fiesta, el caballo de bastos un largo viaje por tierra, y cuando salía el as de espadas eran de mirar las muecas y visajes de la adivina:

—No permita el cielo que se cumplan los pronósticos, porque veo luto en esta casa. El as de espadas está manchado de sangre y se suspende sobre la cabeza de alguno. Yo rezaré porque tal no suceda. Y ahora, Cara Bonita, estoy débil y me vienen los flatos y auxiliáme con lo que puedas.

Y Cara Bonita va a buscarle harina o azúcar, algunas monedas o un traje usado de vivos colores, de los que aprecia tanto la Negra Osa.

Tiene ésta fama de avara: dicen que entierra el dinero que recoge y que guarda todavía tesoros robados al inglés. ¡Cómo se expande la imaginación provinciana hablando de estos tesoros del inglés!

Y la casa de la Negra Osa contribuye a avivar el misterio: vive en despoblado, en una choza cerca del río, donde en la noche se oyen extraños ruidos.

\* \* \*

Para su imprevisto matrimonio con Pedro estuvo buscando auxilios entre las gentes del pueblo la Negra Osa. Y todos, por lo pintoresco de la aventura, porque les dió motivo para reir varias semanas, le dieron dinero o ropas. El matrimonio fué un espectáculo más divertido que las funciones de circo y que los palos engrasados y las cucañas con que se celebran en el pueblo las fiestas patronales. Así dicen que en la ceremonia no faltó a ella ningún detalle decorativo: ni el velo blanco, ni la corona de azahar. Repartía sonrisas a diestra y siniestra, y embriagada de gozo y orgullo no reparó cuando un grupo de muchachos de la calle le gritaron el apodo fatídico: ¡Negra Osa! Pedro iba a su lado con la cara tristemente resignada de uno que condujeran a la horca.

Pedro había sido sirviente en un Convento; tenía fama de correcto y honesto como todo lo que sale de aquellas casas, y ahora, deseoso de adquirir una situación más holgada, hacía de buhonero, y con su cajón de sorpresas—todo a cuarenta centavos—recorría en excursiones de una a dos semanas hasta los más apartados campos y aldeas de la provincia.

Como si fuera preciso explicar tan desproporcionado conubio, la Negra Osa decía en sus visitas a las casas:

—El pobre muchacho empieza a trabajar y necesita de alguien que se duela de él. Que le tenga la ropita de muda remendada y limpia cuando regresa hecho girones, de sus viajes. Además cuenta para aumentar su negócito con los pequeños ahorros que yo pueda darle. Pero yo no le entregaré todo porque a pesar de ser muy buen muchacho, hay por esos campos y pueblos mujeres malas que hechizan a los jóvenes para sacarles el dinero. ¿Quién libra de tentaciones a la juventud?

Y como una madre que no hubiera perdido el ardor de la esposa, así fué ella para Pedro. Todos en el pueblo notaron la transformación de la Negra Osa que ahora iba a la Iglesia y negábase a interpretar el destino.

—Cosas de espíritus que diz están prohibidas—contestaba a quienes se lo requerían.

El pueblo tuvo una bruja y una hechicera menos porque la Negra Osa se dedicaba ahora a vender frituras en el mercado, y las alcancías de la Virgen del Socorro y San Expedito se colmaban de nuevo con las ofrendas metálicas de los devotos.

Estaban satisfechos los señores curas.

Habían vuelto la religión y la piedad a aquel pueblo dejado tanto tiempo por la mano de Dios.

• • •

Coincidió con uno de los viajes que Pedro hacía a los campos a vender su quincalla.

Pero no era posible dudar de Pedro.

Cuando la encontraron inmóvil en su camastro tendría por lo menos dos días de estar abandonada allí.

El estómago se inflaba monstruoso hasta levantar las ropas, la cara había quedado fijada en una horrible contorsión final y sobre los labios se acumulaba una saliva verduzca.

Negra y desmelenada, parecía una fiera que el cazador mata-  
ra en el bosque. Nunca le convino mejor su apodo de Negra Osa.

Dijeron que había sido envenenada y como si el móvil del crimen fuera el robo, en la habitación se veían ladrillos removidos y agujeros en la pared.

No se halló nada de dinero.

En un viejo baúl claveteado encontraron objetos que supusieron de brujería; pelos y cerda de animales, haces de yerbas, huesos y un frasco de un aceite espeso y hediondo. Un perito opinó que era aceite de tortuga.

De Pedro, el buhonero, no se supo más.